

Ensayo

***Homenaje a Rafael García-Plata en
San Benito (Cañaveral)***

JOSÉ JULIÁN BARRIGA BRAVO

Cuando recibí la invitación para participar en este acto -lo recuerdo bien- yo estaba ciertamente asombrado por las palabras del cardenal Bergoglio, recién nombrado Papa, en el primer ángelus que dedicaba a los miles de personas concentradas en la Plaza de San Pedro. Lo recordarán ustedes: aquel papa convertido en Franciscano, con el mismo espíritu de nuestro San Pedro de Alcántara, tan próximo, tan presente en el paisaje de Cañaveral, este Papa llamado Francisco pronunció unas palabras asombrosas el primer día que se asomaba a la ventana de la Plaza de San Pedro: “no os canséis de pedir perdón”, “Dios es misericordioso”, “el que esté libre de pecado que tire la primera piedra”

Con aquella escena en la cabeza, y con aquellas palabras tan inusuales en los oídos, escuché el reclamo de hablar de mi amigo, del amigo

de todos nosotros, Rafael García Plata, el mismo que, hace unos años, se sentaba en estos bancos para escuchar lo que él mismo nos encargaba en alabanza a San Benito y a su Cofradía.

De nuestro amigo se dirán en el futuro muchas cosas porque su memoria ha quedado inscrita en el corazón de muchas gentes. Las anécdotas que demuestran la singularidad de nuestro amigo común son tantas que apenas si cabrían en un libro voluminoso. Voy a contar dos, solo dos. Había pasado ya bastante tiempo de su muerte y un día, en Madrid, exactamente en la glorieta de Bilbao, me acompañaban dos de mis nietos. Encontré a un amigo; hablamos apresuradamente; y me dijo: oye, ¿qué es de Rafa García Plata? Le dije que había muerto. El hombre con el que yo hablaba era hombre importante, y se puso a llorar en plena calle y en presencia de dos niños. Y aquella escena de un hombrachón llorando en la calle, seguro, seguro, no la olvidarán mis nietos. De hecho, ya la recuerdan.

¿Qué tenía nuestro amigo para que haya dejado tan dilatada memoria? Sigo con las anécdotas y ésta, se lo aseguro, es exacta de “a” a la “zeta”, y la cuento por lo breve: murió no un amigo, solo un conocido de ambos. Murió en circunstancias anómalas y menesterosas. En aquella madrugada, una mujer joven, y dos o tres niños, muy niños, lloraban alrededor del cadáver del marido y del padre. No tenían medios para enterrarlo. Entre los primeros en acudir, allí estaba Rafa. ¿Qué hizo Rafa? Se las ingenió para llevar el cadáver en su coche, como único copiloto, de Madrid al pueblo del difunto, más de cuatrocientos kilómetros, cuando no había autovía, cruzando pueblos, repostando en el camino. Más allá del esperpento, piensen cuánto corazón se necesita para hacer aquella hazaña. Y es que Rafael tenía un corazón misericor-

dioso, enamorado de los Franciscanos y del franciscanismo, de sus frailes como él decía.

Prometo no contar más anécdotas, porque, a poco que ustedes me ayudaran, nos podrían dar las del alba.

En al menos tres ocasiones me ha tocado hablar en público de Rafael García Plata, por supuesto en contra de su opinión. Quiero decir que siempre rehuyó toda ocasión en que vislumbrara que se le iba a agasajar. Porque él, que era un especialista en homenajear a los amigos, siempre, siempre, trató de ocultarse. Yo también tuve la fortuna de tratarle con mucha frecuencia. Si alguien se decidiera a escribir su biografía, le pido que cuente con mi colaboración. Pero no soy el amigo de Rafa. Los amigos de Rafa somos como un río, como un pantano grande y ninguno podemos adjudicarnos su memoria ni su mejor entendimiento. Pero digo dos cosas: la primera es que si hay una palabra que mejor le define es la de “generosidad”, y la segunda es que, si alguien busca a quien mejor personifique la condición del “ser generoso”, no encuentro en mi larga experiencia, nadie que mejor represente ese carácter que Rafael García Plata. Me gustaría hacer esta misma pregunta a quienes se dicen sus amigos y decirles, quién, en su opinión, entre los conocidos, representa mejor el concepto de generosidad, que es, no lo olvidemos, “la tendencia natural a ayudar a los demás y a dar las cosas propias sin esperar nada a cambio”. No lo duden, esta era la principal característica de quien hoy homenajeamos. Si todos los que nos sentimos agraciados por la ayuda que Rafael nos prestó en algún momento, lo reconociéramos, su cofradía no cabría en este templo. A Rafael lo conocen y lo reconocen, no sé cuántos en Madrid, en Cataluña, o en el País Vasco; digo que a García Plata lo conocen y

reconocen en cada pueblo extremeño y será difícil encontrar uno, uno solo, donde su nombre no provoque algún elogio.

Como estamos aquí en la iglesia festejando a San Benito, y en una fecha tan querida y señalada, yo quiero aportar mi testimonio personal sobre cuán ancho y cuán profundo era su cariño a Cañaveral. Dudo que existiera un solo día en su vida, al menos desde que yo lo conociera, y se han cumplido ya 35 años, que no pronunciara el nombre de su pueblo, y lo hacía viniera o no a cuento: en una reunión de trabajo, tomando un café, o en un almuerzo profesional. No me importa confesarlo: alguna vez le eché en cara aquella manía, aquella obsesión, a llevar la conversación, siempre/siempre, a Cañaveral o a Extremadura, cuando estábamos abordando cuestiones enteramente ajenas a nuestra tierra, y ante comensales que para nada les importaba el pantano, el Palancar, Mérida o Bartolomé José Gallardo. No había modo de sacarle de la cabeza su Extremadura y su Cañaveral.

Van a permitirme que cite algunas cosas de las que ya he dicho en otras ocasiones sobre el cofrade de San Benito de Cañaveral al que hoy recordamos. Escribí hace algunos años lo siguiente:

Amigo Rafa: no me acuerdo cuándo te conocí. No me acuerdo cuál fue la primera impresión que recibí de un personaje que para mí tiene una sola definición: un hombre excesivo. Te excedes en las virtudes, y, los defectos, si los hubiere, quedan tapados por la demasía de tus cualidades. Tú no eres un hombre moderado, le decía en aquellas ocasión, hace ya diez años. Si hubieras nacido, pongamos por caso en el año 1.500, por ejemplo, en Trujillo, a lo mejor, el señor Pizarro y el señor Cortés hubieran sido solo lugartenientes del capitán García Plata. Si a ti te llega a nombrar el emperador don Carlos, adelantado de sus Ter-

cios en el Descubrimiento, Conquista o Colonización de las Indias, en Brasil no se hablaría portugués y la Patagonia habría sido conquistada media hora antes. Pero ¿qué tiene Extremadura para que tú, un tipo hecho a las batallas empresariales a escala nacional, con horizontes profesionales más bien dilatados, con amistades de larga distancia, sufras, padezcas, hasta goces, con la antena permanentemente orientada hacia la tierra donde nacieron los dioses, que es un tópico fantástico, fantástico que viene de fantasía?

Pero, amigo Rafa,- le decía entonces- tú naciste a contratiempo, porque a ti te van las epopeyas, y si no las hay, te las inventas. Tu mundo extremeño está poblado de gestas y de héroes y de genios; de príncipes benéficos que se inmolan en beneficio de sus vasallos, de capitanes valerosos que hacen fazañas para salvar a las doncellas en peligro; de grandes genios que son gloria del parnaso. ¿Qué sería de ti, amigo Rafa, si esta ínsula, este paraíso, este olimpo, no existiera? Te lo inventarías porque en tu mundo dominan las leyes de lo heroico, las normas de la caballería. Me atrevo a hacer el papel de adivino o de profeta y de plantear la solución a la “demasia” de García Plata porque sus excesos de generosidad, de desprendimiento, de desinterés y de un concepto que está en desuso, de magnanimidad, necesitan un territorio donde ejercerlo. Rafael era un “quijote” que se alimentaba de algunos sentimientos absolutamente primarios y sustanciales: la bondad, la generosidad, la solidaridad y de algo más que luego diré. Ese territorio por el que suspiraba permanentemente, en el que todo es bueno, todo es heroico, todo es incomparable, era Extremadura. Y esta era la razón sobre la que tan frecuentemente discutíamos, porque esta tierra, su patria ideal, si sobre ella se vertía cualquier opinión menos heroica, se convertía en un mero ejercicio de pesimismo.

Sigo teniendo, como lo tuve en aquella ocasión en que sus amigos me pidieron que interviniera, una especial dificultad para expresar una idea que definitivamente le define. A ver si lo consigo ahora. Cuando se estaba en compañía de Rafael García Plata, a solas o acompañado, se instalaba una especie de halo de comodidad, de bienestar, o de simpatía. Para este fenómeno no encuentro ni explicación, ni siquiera definición. Es como si emanase una atmósfera, un microclima en el que, no solo sus amigos, sino también todos los presentes, nos sintiéramos confortablemente instalados.

Querido amigos: si esta noche estáis sintiendo un cierto fluido de placidez, de confortabilidad; si notáis como emanaciones de bonanza y de camaradería, de contento, no os engañois, no son solo consecuencia de la magia que esta noche de San Benito desprende. En modo alguno. Son las radiaciones que proyecta, esta noche y siempre, nuestro amigo Rafael García Plata y Quirós.

Muchos años más tarde, para mi desgracia, me tocó escribir esto otro sobre Rafael:

Somos muchos los que pensamos que Rafael García-Plata Quirós es quien mejor ha representado, en muchos años, el compromiso personal con su tierra, Extremadura. Es un caso singular de generosidad y de “activismo” regionalista en campos tan diversos como el empresarial, el cultural, el asociativo y el de la solidaridad. Quienes le hayan conocido necesitarán esforzarse para inventariar todas las iniciativas extremeñas que RGP ha alumbrado en los últimos 40 años. Conveniría explicar a las nuevas generaciones, aunque nada más sea como un elemento de pedagogía regional, el caso de Rafa García-Plata Quirós, incansable promotor de iniciativas extremeñas. Vivía su región apa-

sionadamente, y, hasta sus últimos días, estuvo entregado a promocionar sus recursos, sus valores y su reconocimiento nacional.

Ojalá no pase mucho tiempo sin que se reconozca el valor de hombre-puente que García-Plata ejerció entre los extremeños de fuera y los de la región. Su despacho -su histórico despacho de Marqués de Urujijo y sus otras oficinas en Recoletos, Columela y Ayala- siempre estuvo al servicio de cualquier extremeño que en Madrid precisara de apoyo o de representación. Su agenda, su experiencia, estaban a disposición de quien necesitara establecer un contacto, realizar una gestión administrativa, llenar un salón de actos, editar un libro o simplemente para pensar y reflexionar sobre Extremadura. En otro sentido, si alguien precisaba una información detallada sobre nuestra región, él tenía el dossier y la información documentada y entusiasta. Sería interminable el relato de personalidades que conocieron de su mano Extremadura y su historia. El ser extremeño y los intereses extremeños, para el amigo que acabamos de perder, no admitían coloración o distinción. Sus amigos militamos en todos los campos ideológicos, independientemente de territorios, clases y grupos sociales. Los amigos de RGP somos legión gracias a su rara habilidad de trasvasar amistades. A esta condición nos referimos cuando afirmamos su personalidad excepcional. Era un maestro en el arte de crear redes de amistades, siempre ligadas a los intereses regionales.

Sin RGP no podrá entenderse aquella labor titánica de aglutinar a los colectivos de emigrantes mediante la creación de Hogares y Casas Regionales, y su coordinación en Federaciones, antes de que la frágil identidad extremeña quedara diluida en otras colectividades.

Habría que explicar el papel de RGP en promocionar y patrocinar los primeros procesos para fomentar el espíritu regional dentro y fuera de la Comunidad, su destacado mérito en el éxito de aquel movimiento político extremeño que fue AREX, su presidencia del Hogar Extremeño de Madrid, la edición de la revista “Región Extremeña”, del periódico “Diario Extremeño”, publicación de libros, la enorme cantidad de seminarios y Jornadas organizadas o patrocinadas, su permanente mecenazgo para atender las necesidades económicas de aquellas iniciativas, su completa disponibilidad para atender los intereses de sus paisanos. Su particular discreción y reserva nos impiden hacer referencia a su labor altruista para socorrer necesidades de colectivos y personas. Por eso somos tantos los que hoy lloramos la muerte del amigo que a todos nos unía. Sin RGP corremos el riesgo de que muchas iniciativas extremeño se disgreguen o desaparezcan.

Rafael ha muerto cuidando y mimando una de sus creaciones más queridas, su Biblioteca, un empeño titánico y apasionado, el de cobijar en su casa todos los libros, cualquier folleto que tuviera relación directa o casual con Extremadura. La Biblioteca -catorce mil volúmenes e impresos- fue creciendo, año tras año, década tras década, buscando en librerías de viejo, en internet, a fuerza de entusiasmo, dedicación y esfuerzo económico. Allí está toda Extremadura y todo cuanto se ha escrito sobre la región. Los libros atiborraban su casa, sus despachos, hasta que un buen día enfilaron la Nacional V para reposar en Cañaveral. Todos hemos sido testigos del asombro y fascinación que la Biblioteca RGP causaba en los expertos que la consultaban. Hoy, su Biblioteca, su creación más preciada, perfectamente ordenada y documentada, está abierta a los investigadores y curiosos en la historia extremeña.

Sus libros, sus amigos, nos hemos quedado huérfanos. Él era quien nos convocaba y nos reunía. También quien nos conciliaba.

Termino ya, pero permitidme, queridos cofrades, que lo haga de una manera personal y sentimental. Quisiera transmitirles la fantasía de imaginar el espíritu del amigo Rafael, en su más preciada Arcadia, en las aguas del embalse, remando en solitario, en la otra orilla, escuchando tan solo, en la soledad de los territorios de Alconétar, el batir del agua contra las pizarras de su tierra. Ahí estás, amigo Rafa; te estamos contemplando tus amigos, esta noche, en la primera fiesta de San Benito en la que nos faltas.

Y estamos también, amigo Rafa, escuchando el levísimo crujir de los libros, tus libros queridos, definitivamente huérfanos de tu presencia. Siguen ahí, Rafa, frente al horizonte de las colinas enverdecidas, cuando ya amarillean las retamas, en esta primavera de aguas abundantísimas, aguardando que alguien, con el mismo amor, los defienda. Que el Dios del papa Francisco, aquí a las puertas del reino de los pobres, el Palancar, a dos pasos no más de la Silleta, nos sea, y te sea favorable, hermano Rafa.